

RICARDO MOYA

CARNE en PIJAMA

ILUSTRADO POR
ANA MÜSHELL



RICARDO
MOYA

CARNE *en* PIJAMA

LA AUTOBIOGRAFÍA QUE NADIE HABÍA PEDIDO

ILUSTRADO POR
ANA MÜSHELL



ESPASA

Primera edición: febrero de 2023

© Ricardo Moya, 2023

© Ana Müshell, por las ilustraciones, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Espasa es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

Preimpresión: Safekat, S. L.

Depósito legal: B. 272-2023

ISBN: 978-84-670-6875-7

Diseño de la cubierta: Ana Müshell

Ilustración de la cubierta, contracubierta y guardas: Ana Müshell

Diseño interior: Martín Costantini

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es.

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Impreso en España / *Printed in Spain*

Impresión: Unigraf, S. L.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

ÍNDICE

Prólogo (pág. 8)

Capítulo 1: La guitarra (pág. 14)

Capítulo 2: No te acerques a mí (pág. 28)

Capítulo 3: El Escocés (pág. 46)

Capítulo 4: El Pipiolo (pág. 62)

Capítulo 5: México lindo y querido (pág. 80)

Capítulo 6: Madrid, Madrid, Madridiiiiid (pág. 98)

Capítulo 7: Argentina (pág. 116)

Capítulo 8: Agujero negro (pág. 136)

Capítulo 9: *El Sentido de la Birra* (pág. 154)

Capítulo 10: Malencia (pág. 174)

Epílogo: Lo siento y gracias (pág. 191)

Biografías (pág. 199)

ESTOY + FATAL



ESTOY FATAL,
ME ESTOY MURIENDO,
ESTOY MUY MAL,
QUE PUTO INFIERNO,
ESTOY FATAL
SI ESTA NO LA CUENTO
DICE A MI MADRE QUE FUI YO
EL QUE ROMPIÓ EL FLORETO.

LLEVO 10 COPAS DE MÁS
SE ME EMPIEZA A COMPLICAR
SEPARARME DEL SUELO,
Y ESTOS ME QUIEREN LLEVAR
A UNA RAVE EN UN SOLAR
POR LA ZONA DEL PUERTO.

DIGO TENGO QUE MEAR
Y ME VOY SIN AVISAR
CAMINITO DEL METRO,
PERO JUSTO ANTES DE ENTRAR
ME ENCUENTRO A MI AMIGO JUAN
QUE ME DICE TÍO,
"CUÁNTO TIEMPO."

Y YO ESTOY FATAL,
ME ESTOY MURIENDO,
ESTOY FATAL,
QUE PUTO INFIERNO,
ESTOY FATAL,
SI ESTA NO LA CUENTO
DILE A MI MADRE QUE FUI YO
EL QUE ROMPIÓ EL FLORETO.

SU FLORETO

UNA RELIQUIA DEL ABUELO, CREO.



NO NOS VAMOS DE BAR EN BAR
YO YA NO PUEDO NI HABLAR
Y PARPADEO MUY LENTO.
"VAMOS AL BAÑO Y VERÁS
COMO VAS A DESPERTAR",
DICE JUAN SONRIENDO.

PARACETAMOL CON SAL
POR EL CONDUCTO NASAL
COMO UN TIRO EN LOS SESOS.

ME EMPIEZAN A ASEDIAR
TERRIBLES PENSAMIENTOS,
ME SIENTO INHENSAMENTE SOLO
Y TENGO MIEDO.
SALIMOS A LA CALLE
YA ESTA AMANECIENDO.

YO AÚN ESTOY FATAL,
ME ESTOY MURIENDO
ESTOY ~~FATAL~~ MUY MAL
QUE PUTO INFIERNO.
ESTOY FATAL
SI ESTA NO LA CUENTO
DILE A MI MADRE YA A MI PADRE
DILES A LOS DOS QUE
ESTOY FATAL
ME ESTOY MURIENDO
ESTOY MUY MAL
QUE PUTO INFIERNO
ESTOY FATAL
SI ESTA NO LA CUENTO
DILE A MI MADRE QUE FUI YO
EL QUE ROMPIÓ EL FLORETO.
DILE A MI MADRE QUE FUI YO
CUANDO ESTABA EN PRIMERO.
DILE A MI MADRE QUE FUI YO
JUGANDO A SER VAQUERO.

DILE A MI MADRE QUE FUI YO
Y PERDÓN, Y QUE LA QUIERO.

CAPÍTULO 1

LA GUITARRA

Abrid bien los ojos, que entra poca luz. Fijaos bien, ¿eh? ¿Lo veis? ¿Habéis visto a ese niño de seis años cargando con cuatro tercios abiertos desde la barra a unas mesas que apenas alcanza a ver? Casi no mantiene el equilibrio y un poco de la espuma de las cervezas empieza a mojar sus manos. Consigue llegar hasta la mesa y cuatro melenudos le dicen que muy bien chaval, que está hecho un fiero. El niño se gira sin mediar palabra y vuelve donde su padre. Le ha prometido una partida de *pin-ball* como propina. El niño coloca unas cajas vacías delante de la máquina y se eleva para poder ver bien la bolita. De fondo suena La Creedence, Suzie Q, o *Born to run* de Bruce Springsteen. Cuando lleva un rato jugando, un par de *heavies* se impacientan. «Venga, niño, acaba ya». El niño, sin mirarles, contesta: «Es el bar de mi padre y jugaré lo que me dé la gana». Los *heavies* se ríen y le piden explicaciones al dueño, pero este les dice que se apañen ellos con el *nano*.

Esa podría ser una buena forma de explicar cómo eran los noventa. El humo no era malo para los niños y ayudar en el negocio familiar no era explotación infantil. Mis padres nunca tuvieron muy clara la distinción entre el entorno de los adultos y los niños, un poco por convicción y otro poco porque no les quedaba opción con dos trabajos cada uno y un hijo aficionado a tocar los cojones de forma continuada. Sí, correcto, ese niño soy yo y ese bar es el Trop, un bar que ya no existe pero que mucha gente aún recordamos. Lo de la cerveza y socializar con borrachos ya me viene de lejos... Pero yo aquí quiero hablaros de música, de cómo un chaval de Burjassot (Valencia), que quería ser detective de mascotas, descubre un día que le gustan los focos, cantar y contar cosas.

Remontémonos al principio. El Trop (de tropical) era el bar que regentaban mi padre y mi tío en esa época; mi madre también trabajaba allí, pero después del divorcio se desvinculó totalmente del antro y solo lo pisaría en ocasiones contadas para alguna celebración. No era un bar más, eso está claro. Era un lugar de encuentro donde la música era omnipresente. Un *pub* donde solo se escuchaba *rock* y *punk*. Mis padres y sus amigos idolatraban a Bruce Springsteen, los Ramones, los Scorpions o a Bob Dylan

y a mí no me quedaba otra que dejarme empapar por esas canciones pegadizas y cabeceantes, aunque sin darles importancia. Podríamos decir que esos grupos tocaban mi música de cuna, la banda sonora de mi tierna infancia. Bueno, eso y Camela. Desde mi niñez hasta que me fui de casa con diecisiete años, conviví con un vecino de patio interior que ponía Camela a toda hostia, todo el día, especialmente por la mañana, y yo me aprendí todas sus letras por pura erosión e incidencia atmosférica.

Los primeros años de mi vida pasé muchas tardes en el Trop. Uno de los recuerdos que guardo de esa época es cuando me subía al coche con mi padre para ir o volver de Valencia a hacer la compra del mes o a visitar a algún médico, y en lugar de hacer el camino rápido, íbamos por la huerta, a oscuras, sin tráfico ni luces y me ponía una canción de Triana o de Revólver a todo volumen. Le daba al *play* y me decía que me fijase en un instrumento concreto. O que me parase en un movimiento. Así empecé a sentir la música como un conjunto de cosas separadas que crean algo nuevo al unirse, en lugar de ser solo una masa sonora uniforme.

Pero, como dice el refrán, «En casa del herrero, cuchillo de palo». La música que a mí más me gustaba escuchar por aquel entonces no se parecía demasiado a la que les gustaba a mis padres. El *rock* y sus variantes eran música de mayores, aburrida, vieja, psicofonías de gente muerta hace mucho tiempo. Yo tenía mi propio gusto, es decir, el gusto de un niño valenciano de los noventa: la música máquina. Pont Aeri era lo que a mí me sacaba del asiento.

Mis primos me ponían a Chimo Bayo, yo saltaba por todos lados gritando «*exta sí, exta no...*», y



mis padres no daban crédito. Los amigos del colegio preferíamos ir a las discotecas de la ruta del Bakalao, cuando fuéramos mayores, que ir a conciertos de los Rolling Stones. También escuché hasta la saciedad todas las canciones de los Backstreet Boys y las Spice Girls, por supuesto. Aunque no todo era música festiva, por llamarlo de alguna manera. También me gustaban cantautores como Rosana o roqueros españoles como Antonio Flores; aquí, la influencia de mis padres volvía a tener su efecto. Los dos eran musicalmente eclécticos, pero eso no les daba para disfrutar con *Flying free*. No se puede tener todo.

En algún punto de mi vida, muy pronto, llegaron los *playbacks*. En esos años, mis abuelos tenían un apartamento en una urbanización de Moncófar (Castellón) y en los veranos se organizaban actividades para los chavales. Una de ellas era montar conciertos con *playbacks* donde grupos de niños nos subíamos, apenas disfrazados (como en un *Lluvia de estrellas* cutre y dirigido por un alcohólico..., o sea, como en *Lluvia de estrellas*), a emular a cantantes y sus éxitos. Fue allí donde, por primera vez, descubrí que me gustaba estar sobre un escenario y que la gente me mirase, me aplaudiese y luego me hiciera casito durante un par de horas. Vosotros también me hubierais aplaudido viéndome imitar a Nino Bravo y a Selena, de Sonia y Selena. Sí, eso pasó...

No era cantar, estaba claro, pero ya empezó a moverse algo dentro de mí, un gusanillo hambriento, aunque aún no sabía de qué.

Lo de cantar llegó con diez años, en una clase de música de primaria. Ya sabéis, la típica asignatura que no se valora y para la que nadie estudia ni se esfuerza. Allí, José Luis, nuestro profesor, nos propuso cantar la letra del *Himno de la alegría* de Miguel Ríos (otro roquero español; si es que al final está todo conectado) solo para comprobar el tipo de voz que teníamos. Todos los niños lo hicieron con su voz normal y corriente, sin intentar entonar o hacer algo bonito, solo leyendo en voz alta al ritmo de la música. Pero a mí me dio por poner voz de cantar. Me explico: me dio por engolar la voz de forma asquerosa como si fuese un cantante *pop*



de esos que salían en la tele y se flipaban solos. Cuando lo hice, todos los demás compañeros de clase se quedaron callados y me miraron fijamente y en silencio. De repente, una niña me señaló y dijo una frase que lo cambiaría todo para siempre. Una frase que me llenó de confianza y de ganas de convertirme en una estrella, una frase que catapultó mi ego a la estratosfera... La niña dijo: «¡Uala!, lo canta como el que lo canta». Bueno, igual sonaba mejor en ese momento que ahora que lo escribo, pero a mí me sirvió. Era otro ladrillo más en el castillo de mi amor por la música y mi flipada vital. También al profesor le gustó cómo lo hice y me puso a cantar el solo de la canción. Con diez años ya tenía un *hit* y os juro que lo exploté bien explotado. Cada vez que teníamos visitas en casa, aparecía yo y les ofrecía escuchar mi versión de *La canción de la alegría*. El cambio de título era una licencia artística.

Hasta que cumplí los doce años, seguía escuchando la misma música de siempre, pero un buen día un disco lo cambió todo. En mi clase, la gran mayoría éramos los típicos cigotos de *maquinero* con sudaderas de NO FEAR y SCOTTISH CLAN y cortes de pelo de cenicero (mis padres consiguieron, con mucha insistencia y persuasión, que yo nunca tuviera un cenicero por peinado; siempre les estaré agradecido) hasta que un colega trajo un disco de Ska-P: *El vals del obrero*. La primera tarde que cayó en mis manos lo escuché siete veces seguidas, leyéndome las letras y alucinando con las ilustraciones del libreto. Me voló la cabeza por completo. Esas canciones me cambiaron el gusto para siempre. Sus metáforas, su poesía y sus mensajes. Ska-P me encantó desde el primer momento porque, básicamente, se cagaban en todo, y eso era muy divertido. Protestaban contra todo, es decir, ni más ni menos lo que significa la adolescencia. Al día siguiente le dije a Víctor, el chaval que me había dejado el CD, que teníamos que hacer una copia para toda la clase. Paco, el hijo del director, era la primera persona que yo había conocido en mi vida que tenía un ordenador mágico que podía grabar CD. Hablamos con él, le dimos el disco y un euro cada uno, y así fue como, de un día para otro, la clase de 6.º A del colegio Sant Joan de Ribera pasamos de ser bakalaeros a ser punkis. Por supuesto, mis futuros *playbacks*

en el colegio y en Moncófar serían canciones como *Romero el madero* o *Cannabis*. Adiós a Sonia y Selena.

Con mi renovado gusto musical llegó el verano. Y con el verano, el principal hallazgo de mi vida. No sé cómo, pero buscando algo entre los trastos viejos de mis abuelos descubrí una guitarra llena de polvo y con el puente hundido, pero con las cuerdas todavía puestas. Era la primera que veía en mi vida, en carne y hueso, en madera y nailon. Inmediatamente me vino a la cabeza la guitarra de juguete que usaba para los *playbacks* y, obviamente, no tenía nada que ver. Era de verdad y podía cogerla y tocarla. Recuerdo la sensación de sacarla de entre los trastos y tener un mal presentimiento, como de estar haciendo algo que no debía. Esa guitarra no se parecía tampoco a las eléctricas que estaba acostumbrado a ver en los vídeos de *rock*. Era toda de madera, parecía un mueble o una escultura más que un instrumento. Pero hacía ruido. Cuando se la enseñé a mis abuelos me contaron que era de mi padre. Por lo visto, cuando era un niño se empeñó en tener una, y no paró hasta que se la compraron. A la semana la abandonó porque no sabía tocarla, y ahí permaneció guardada, bajo capas de polvo, como un mosquito atrapado en ámbar hasta que yo la descubrí y la rescaté de entre los trastos, como el rey Arturo sacó a Excalibur de la roca. Mi abuela me dijo que si la quería tendría que pedirle permiso a mi padre, y así lo hice. Este ni se acordaba de que existía, de hecho, me ofreció comprarme una nueva, pero le dije que no. Le argumenté que primero quería aprender a tocarla y que, si no me cansaba a la semana, entonces sí, porque para qué queríamos dos guitarras pillando polvo.

Pero claro, ¿cómo aprender a tocar la guitarra tú solo en la era pre-YouTube?

Ese año, como comencé la ESO, me cambiaron de colegio. Nuevo centro y nuevos profesores, pero en la asignatura de música (daba igual en qué centro estuvieras) siempre te enseñaban a tocar el mismo instrumento, solo uno, la flauta dulce. Yo la odiaba, odiaba ese sonido del infierno y también la forma de enseñarnos

música a esa edad, sin tiempo ni motivación. Tenía una guitarra en casa con ganas de marcha, y en el colegio solo me proponían enseñarme a tocar «Titanic» soplando una tubería de juguete con un pito al final, que, además, por mucho que la limpiaras, siempre olía mal. Así que me planté. Cuando llevábamos un mes y medio de clases llegué con la guitarra en una funda de tela a cuadros rojos y blancos y le dije a mi profesor: «Salvador, yo no quiero tocar más la flauta, quiero tocar esto». Su primera reacción fue alucinar con que un alumno demostrara algún interés por su asignatura. Probablemente, ni él lo tenía ya en ese momento. Pero no solo fue eso, sino que al verme feliz aprendiendo a tocar un instrumento de verdad en lugar de tapar agujeritos para emitir chirridos insufribles con cierta coordinación, más compañeros de clase empezaron a aparecer con guitarras a las pocas semanas. La revolución de las cuerdas había empezado. Salvador se puso de nuestra parte enseguida, pero había un problema, la asignatura tenía un programa que había que cumplir y no podía usar las clases de música para enseñar a cuatro monos cómo colocar los dedos para hacer un re menor, así que nos propuso algo: él nos podría enseñar a tocar la guitarra en su hora de la comida, pero nosotros también teníamos que sacrificar esa hora para estar con



él. Estuvimos de acuerdo, aunque todavía quedaba una condición más. Nos enseñaría a tocar con canciones que pudiéramos usar en los eventos del colegio para acompañarle y, al ser el colegio un centro concertado con iglesia propia, las canciones eran canciones de misa. Aceptamos también; no había muchas más opciones. O tocar el *Padrenuestro gallego* o la maldita flauta.

Esas primeras canciones religiosas nos sirvieron a todos para tener una base, pero yo quería tocar *La flaca*, de Jarabe de Palo, que era la canción que lo estaba petando ese año, y tenía que llegar al verano pudiendo interpretarla en Moncófar. No hacer un *playback*, no señores, música en vivo y en directo.

Evidentemente, esa canción era más complicada que las que nos estaban enseñando. Eso hizo que muchos compañeros desistieran en el camino, pero yo no. Yo me obcequé con sacar esa puta canción y me pasé muchas tardes en mi casa practicando hasta que lo conseguí. Sin embargo, pronto surgió otro problema. Sabía tocar la guitarra, sabía cantar, pero no sabía hacer las dos cosas a la vez.

Cuando le pregunté al profesor, me habló de la memoria muscular. Es decir, que cuando estás aprendiendo un movimiento, al principio requiere de toda tu concentración, pero que cuando lo practicas suficientes veces puedes pasar a ejecutarlo de modo automático. Como cuando aprendes a montar en bici. Primero necesitaba dominar el movimiento de tal forma que tocar no fuese algo que me hiciera pensar en qué tenía que hacer con las manos, para poder concentrarme en cantar, en entonar y, a la vez, repetir una letra con coherencia. Al principio empezaba a tocar la guitarra mientras me grababa con un radiocasete, y luego cantaba encima mientras oía la grabación. Después hacía lo contrario, grababa la voz y tocaba la guitarra encima para ir al mismo ritmo. Poco a poco fui mejorando y al final conseguí mi premio: ya podía cantar y tocar a la vez (aunque solo una canción). Era el fin oficial de mi etapa de *playback*.

El curso de guitarra con nuestro profesor de música solo duró un año. No pasó nada malo, simplemente nos confesó que no podía

enseñarnos más porque, en realidad, él tampoco sabía más. Habíamos alcanzado su nivel de teoría y, a partir de ahí, lo que nos quedaba era practicar por nuestra cuenta y espabilarnos. Después de que Salvador nos dejara huérfanos de maestro, el mismo grupo de gente que empezamos a tocar con él comenzamos a quedar para hacerlo juntos, practicar y animarnos los unos a los otros, aunque poco a poco el ánimo fue decayendo y, como en una novela de Agatha Christie, mis compañeros de guitarra fueron desapareciendo uno a uno, algunos por la frustración de no avanzar, otros porque lo habían cambiado por el fútbol y otros porque sencillamente preferían jugar a la Play... Hasta que no quedó ninguno.

Yo seguí a mi ritmo y aprendí las canciones que me gustaban afinando el oído. Ponía una canción e iba acorde a acorde hasta que conseguía descubrirlos todos, como el ladrón que abre una caja fuerte usando un estetoscopio para oír los *clicks*. Así pasé de las canciones de misa a mi adorado Ska-P, a Antonio Flores, a Nino Bravo e incluso a algunas de las que cantaba en *playback*. Me las sabía de memoria y eso me ayudaba a poder tocarlas mucho mejor.

Y todo esto, recordémoslo, con la guitarra vieja de mi padre, que tenía el puente hundido y, por lo tanto, las cuerdas mucho más altas y duras de lo habitual. Tenía que hacer un esfuerzo enorme para que los acordes sonasen, pues parecía como si tuviera una manta encima y estuviera bajo el agua. Pero, aunque tenía el mismo interés o más que cuando la descubrí, ni por asomo le iba a pedir a mis padres que me comprasen una nueva. Con trece años era totalmente consciente de que todo cuesta dinero, y en aquel momento mi familia no estaba para tirar cohetes. Yo tenía muy claro que no podían permitirse gastar dinero en una guitarra buena, que debía de costar un dineral, así que, por nada del mundo iba a pedirla.

Las Navidades siguientes mi tío me preguntó: «¿Qué quieres que te traigan los reyes?». (Que quede claro que yo ya sabía quiénes eran los reyes a esa edad, eh...). Y yo le conté la verdad: «Quiero una guitarra, pero no puedo pedírsela a mis padres porque vale

mucho dinero». Mi tío se rio, no dijo nada, pero esas mismas Navidades me regaló una y, ante mi asombro por tener un tío multimillonario que podía comprar guitarras, él se encargó de hacerme saber que no eran tan caras, y que estaría genial que aprendiera no solo a saber que las cosas valen dinero, sino también cuánto en concreto, pero que le alegraba habérmela comprado él.

Tonet, no sabes cuánto significó eso, tío.

Preparaos porque aquí viene una nueva revelación: ¡las guitarras nuevas (las que no tienen el puente hundido) son indoloras! En ese momento descubrí que tocar la guitarra ni tiene que doler ni te agota físicamente, como me pasaba a mí con la de mi padre. Cuando tu instrumento no es un mueble viejo, con poco esfuerzo suena como los ángeles. Gracias a eso, tocar y cantar a la vez pasaba de ser un reto a convertirse en algo más sencillo. La concentración que me requería apretar bien las cuerdas la podía invertir en tocar bien y afinar mientras cantaba. Sin darme cuenta, estar un año con una guitarra vieja me había puesto en forma para poder sentirme cómodo con una guitarra nueva. Me costó un poco adaptarme y no apretar los trastes como si quisiera atravesarlos con el dedo, pero una vez que lo conseguí tuve un pequeño gran salto de calidad.

Entonces no contemplaba la posibilidad de que la música se convirtiera en mi profesión o, por lo menos, en una fuente de ingresos. No era mi proyecto todavía, porque para mí era algo diferente. La música era pura diversión. Rasgar las cuerdas de la guitarra me podía alejar de todos mis problemas.

Como ya he comentado, mis padres se habían divorciado hacía años y pasaba unos días con cada uno. En general, solía vivir con mi madre, pero ella estaba todo el día fuera trabajando y yo, después de clase, iba directo a casa. Al principio, me cuidaban mis abuelos, pero a los trece ya me vieron lo suficientemente mayor como para quedarme solo y eso coincidió con mi idilio con la música. Por las tardes, llegaba a casa del colegio, hacía los

deberes lo más rápido posible y después tenía todo el tiempo del mundo para tocar hasta que mi madre llegase y preparase la cena. Era un tiempo que aprovechaba para practicar mil veces la misma canción y hacerla sonar bien, y también me servía para no sentirme solo. Aunque me había cambiado de colegio, y en él no estaban mis compañeros y compañeras de primaria, seguía manteniendo relación con varios, y todos tocaban algún instrumento: dos saxofones, una flauta travesera y un trombón de varas. Es que en Valencia hay mucho músico, mucha verbena, charangas, orquestas, *big bands*, grupos, tríos, coros y lo que tú quieras; casi en cualquier casa hay una guitarra, aunque nadie la toque, o aunque esté enterrada bajo una pila de trastos en un armario.

Un par de años después de mis inicios con la guitarra, la madre de uno de mis amigos de primaria le comentó a la mía que ese mismo verano iba a apuntar a mi amigo a un campamento musical, y los otros padres también se lo estaban pensando. Por esa época yo tocaba, pero, según me confesó mi progenitora años después, no lo hacía tan bien como pensaba. Por lo visto, más que tocar y cantar, aporreaba y berreaba. Mi pobre madre tenía que ponerse la televisión al máximo volumen durante mis ensayos para oírme lo menos posible (y yo pensando que se estaba quedando sorda). Cuando escuchó lo del campamento de verano se le apareció la virgen. Pensó que podría enviarme allí para ver si aprendía a tocar bien de una vez, o por lo menos para tener unas semanas de respiro acústico en su vida. A mí no hacía falta convencerme. ¿Pasar el verano haciendo música con mis amigos y conocer a otros músicos en un campamento lejos de mi pueblo? Trato hecho.